

# EL "EQUILIBRISMO ECONÓMICO" NO ES SUFICIENTE

Mario Waissbluth

Febrero, 2000

La Tercera

A diario, uno lee variadas peleas y predicciones sobre nuestra economía, basadas en la subida o bajada de la tasa de interés, el precio futuro del dólar, lo que dijo el Banco Central, la importancia de una baja inflación, el nivel del gasto público, etc.

Pareciera que existe por allí una caja negra y mágica, y que si uno logra “ajustarle las tuercas monetarias” a esa maquinita, lograremos en forma automática el ansiado "equilibrio macroeconómico", y entonces... zaz!, retomaremos esas sabrosas tasas de crecimiento y empleo a las que nos habíamos acostumbrado. Basta que “estemos en equilibrio”, y que dejemos a las poderosas y eficientes fuerzas del libre mercado, y al sentido emprendedor de los chilenos, para que sigamos creciendo como veníamos haciéndolo. Mal que mal, así lo hemos venido haciendo por cerca de quince años.

Me temo que la cosa no es tan simple. Por cierto, los equilibrios económicos, entendidos como que uno no puede gastar más de lo que tiene, y que las cosas tienen que tener su precio real, son muy importantes. Pero esta condición, siendo necesaria, no es suficiente para que volvamos a despegar a la velocidad requerida.

Nuestra productividad laboral, es decir, el valor que agrega un trabajador por cada hora efectivamente trabajada, es de 4 dólares. La de Taiwan es 12, la de España 24, y la de Suiza 40 ! Y así... ¿a quién le vamos a ganar en esta competencia internacionalizada y salvaje??

Que la productividad promedio de un chileno sea la sexta parte de la de un español, o la décima parte de un suizo, no se debe a que nuestros trabajadores sean flojos. Si mañana mandáramos un chileno promedio a trabajar a una empresa taiwanesa, su productividad va a aumentar el día que llegue, aunque su nivel educacional probablemente no le va a permitir alcanzar a plenitud el nivel de sus colegas asiáticos.

La productividad de una organización depende del nivel educativo de sus trabajadores, pero depende mucho más de otros factores: la organización de las labores, la tecnología y maquinaria utilizada, la capacidad para vender mejor y en todo el mundo, y del valor de los productos y servicios que se están vendiendo. Si no mejoramos eso, y nos limitamos al "equilibrio económico", nuestra productividad no subirá de manera significativa, y nuestros trabajadores no podrán aspirar a mejores salarios.

Visto en perspectiva, el desarrollo chileno de la última década constituye un hecho bastante inédito en la historia económica mundial. En una época en que las materias primas están “desacreditadas” como base de crecimiento sólido, hemos crecido en base a materias primas. En una época en que se reconoce como motor trascendente del desarrollo la incorporación de conocimientos, la innovación y la educación, hemos logrado crecer con un muy deficiente sistema educativo y escasa capacidad científica tecnológica. En una época en que Porter describe como la base del éxito de los sectores la existencia de encadenamientos productivos, hemos logrado exportar recursos naturales sin una relevante industria de insumos o bienes de capital para esos sectores. Pareciera ser que estamos desafiando todas las teorías.

Hace un tiempo me toco el honor de presidir una comisión del Instituto de Ingenieros, acerca del tema de la competitividad de Chile. Esta comisión se planteaba una duda: “Hemos logrado una década de éxitos cabalgando en la liberalización de los mercados, y a lo mejor eso es suficiente, y es lo único que debiéramos seguir haciendo. ¿O tal vez no?”

Lograr un crecimiento significativo y sostenido de nuestra producción y de nuestros salarios requiere muchas cosas: mayor y mejor inversión en educación, mejorar nuestra capacidad tecnológica y organizativa al interior de las empresas, armar redes comerciales en el mundo, desarrollar productos y servicios más valiosos, y sobre todo, lograr consenso nacional entre trabajadores, empresarios y el gobierno en torno a agresivos e imaginativos "proyectos-país".

Hemos visto en el mundo numerosos ejemplos en que el sector privado y el público se unen, se apoyan, y conspiran juntos para abordar los mercados internacionales, a través de proyectos estratégicos de larga maduración y alcance. La presencia de empresas españolas en Chile y América Latina no es una casualidad, es una política de estado. Sin ir más lejos, el surgimiento de Chile como potencia forestal también lo fue.

Algunos ejemplos para nuestro futuro podrían ser: la triplicación de la exportación de salmones y otros productos de acuicultura; la generación de una verdadera industria de materiales educativos y culturales en español; una industria turística seria que aproveche nuestro patrimonio cultural y las insólitas bellezas naturales de Chile; y el combate a la aterradora erosión que está sufriendo una buena parte del territorio nacional. Es en torno a valientes y soñadores proyectos como esos que tenemos que entusiasrnos, unirnos como país, y reiniciar la marcha.